

Entrevista a Carlos Langdon

Naciste en Cambridge, en Inglaterra, pero te has criado en Cobeña. ¿Vaya cambio, no?

Mis padres se casaron en Madrid, y al poco tiempo mi padre, que había estudiado toda su vida en Inglaterra, aceptó una oferta de trabajo en ese país. Ambos se fueron a vivir a Cambridge. Allí nació yo, y también fui bautizado.

Realmente no noté el cambio, porque a los pocos meses de nacer, nos desplazamos a Madrid. De hecho, como es natural, no tengo ningún recuerdo de mi estancia en Inglaterra.

A los pocos años de vivir en Madrid, cuando comenzaron a nacer mis hermanos, nos mudamos a una casa más grande en Cobeña, donde he vivido prácticamente toda mi vida.

¿Cómo se vivía la fe en tu casa cuando eras pequeño?

Gracias a Dios mis padres nos inculcaron la fe desde pequeños. Eso es algo que agradeceré toda mi vida.

Y lo hicieron de un modo muy natural: las oraciones de la noche antes de acostarnos, el ofrecimiento del día al levantarnos, el ángelus al mediodía, las bendiciones antes de comer... De vez en cuando también rezábamos el rosario en algún viaje largo en el coche. Y por supuesto, la misa dominical en familia.

También, a partir de su ejemplo, aprendíamos las virtudes humanas y el modo de vivir en presencia de Dios durante el día.

La adolescencia es una etapa de profundos cambios, donde las amistades nos influyen mucho... ¿Cómo hiciste para compatibilizar adecuadamente esa etapa con tu fe?

En el colegio hice amistad con chicos afines a mí, aunque en general siempre me he llevado bien con toda clase de compañeros. Por otra parte, durante los años de adolescencia frecuenté un club juvenil de la Obra donde realizábamos actividades con otros jóvenes, deporte, obras de voluntariado con pobres, campamentos, etc. También allí pude profundizar la formación cristiana que me dieron mis padres a través de meditaciones que nos daban los sacerdotes, charlas para trabajar algún aspecto de la vida espiritual, etc.

Sin duda todo eso ayudó a que no me desviara del camino. Siempre tuve conciencia clara de que las amistades pueden influir mucho en la vivencia de la fe, para bien o para mal.

¿Alguna vez, cuando eras pequeño (o no tan pequeño) pensaste en ser sacerdote?

La verdad es que, hasta los 23-24 años, nunca me lo planteé seriamente. Mi hermano Borja, dos años más joven que yo, sí que lo tenía claro desde que era muy pequeño. Yo en cambio, tenía otros proyectos de vida en mente, y aunque en ningún momento me cerré en banda a la posibilidad de ser sacerdote, realmente no percibí que el Señor me llamara hasta mucho después.

¿De dónde crees que proviene tu vocación?

Dios se vale de muchas personas y situaciones presentes en la vida de cada uno para darnos a conocer su voluntad. Pero, en definitiva, tengo la certeza de que su llamada, y no otra cosa, es el origen último de mi vocación.

Creo que en mi caso ha sido decisivo conocer algunos sacerdotes que han dejado una huella muy grande en mí. Uno de los cuales, por cierto, insinuó que podría tener vocación al sacerdocio cuando yo apenas empezaba a estudiar en la universidad.

También tenía referentes familiares. No sólo a mi hermano Borja, que se mantuvo fiel durante muchos años a ese deseo de ser sacerdote, sino también a mi difunto tío Enrique, que fue el primer sacerdote de la familia.

Tú estudiabas Psicología, ¿cuándo y cómo te diste cuenta de que ese no era el camino que querías seguir?

Durante los últimos años de carrera empecé a barruntarlo. Aunque por aquel entonces tenía mis planes trazados: terminar la carrera, opositar, y ejercer la psicología clínica. Sin embargo, Dios me dio a conocer el plan que Él tenía para mí. Y yo tenía claro que hacer su voluntad es el camino más rápido para ser feliz.

¿Te costó asumir que Dios tenía otros planes para ti?

En absoluto. De hecho es algo que siempre tuve en la recámara. Y nunca me cerré a esa posibilidad.

Ciertamente, al principio da un poco de vértigo, porque sabes que es algo que condicionará el resto de tu vida. Pero la alegría de saber cuál es tu misión en la vida es muy superior a esos miedos iniciales.

¿Cómo fue el día que dejaste de plantearte si querías ser sacerdote y tomaste la decisión?

Realmente fui descubriendo la vocación poco a poco. En mi oración le pedía a Dios que me diera luz, y que me ayudara a responder con generosidad.

Y progresivamente Dios fue infundiendo en mí un atractivo cada vez mayor hacia el ministerio sacerdotal. Aunque si tuviera que hablar de un momento fuerte de gracia y clarividencia, diría que fue durante unos ejercicios espirituales que hice a los 24 años (aunque ya iba bastante “tocado”).

¿Qué le pareció a tu familia?

Gracias a Dios muy bien. Mis padres se alegraron mucho, y en todo momento me alentaron a seguir la voluntad de Dios. Tengo que decir que ellos también intuyeron mi vocación durante el tiempo en que me lo estuve planteando con más seriedad.

¿Influyó la vocación de tu hermano Borja de alguna forma en la tuya?

Estoy seguro de ello. Saber que mi hermano conocía su vocación hacía que yo me preguntara acerca de la mía. Además, la vocación sacerdotal a la que él se sentía llamado siempre me resultó particularmente “amable”.

Por otra parte, a través de mi hermano conocí el seminario diocesano de Alcalá, y eso siempre ayuda a vencer algunas incertidumbres. Fue bonito coincidir con él en el seminario dos años, antes de que fuera ordenado.

¿Cómo es tu relación con Borja?

Desde siempre ha sido muy buena. Además, en general somos muy afines. Compartimos muchos gustos e intereses.

Ahora que somos también “hermanos en el sacerdocio”, me apoyo mucho en él. Aunque soy mayor que él en edad, la realidad es que él es mayor que yo en esta andadura (lleva cuatro años ordenado, y yo sólo unos meses), y aprovecho para preguntarle mucho y dejarme aconsejar.

Sois dos sacerdotes jóvenes, algo que no se ve normalmente, por desgracia. ¿Crees que vivimos una época de falta de vocaciones? ¿Por qué?

Sinceramente creo que el problema está antes: en la familia. Al menos, en mi experiencia tengo que decir que la familia que Dios me ha dado ha sido decisiva para poder conocerle y para poder responder a su llamada.

Evidentemente Dios se da a conocer por mil y un caminos, y no se restringe a uno sólo, pero creo que el seno de una familia cristiana es el fermento perfecto para que broten las vocaciones.

Parece que Dios tiene particular preferencia por este medio. Ya desde el Antiguo Testamento, y de la importancia de la familia en la mentalidad del pueblo judío, tenemos pruebas claras de que Dios se sirve de esta realidad para darse a conocer de un modo privilegiado. Quizá porque el mismo Dios también es “familia”: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

¿Cómo fueron tus años en el seminario?

Yo diría que fueron años de especial maduración. Cuando uno entra en el seminario, puede pensar que prácticamente está listo para ser sacerdote. Que quizá sólo necesita algo de formación teológica y litúrgica, y ya está. Y puede pensar que para eso están los

años del seminario. Creo que esto es normal que suceda, porque uno está ilusionado por ser sacerdote y quiere ponerse cuanto antes “manos a la obra”.

Pero la realidad es que en general es necesario madurar la vocación, y darse cuenta de lo que realmente significa el sacerdocio, al menos en parte (porque esto es tarea de toda una vida). Los Apóstoles también necesitaron un tiempo de maduración y de continua conversión.

¿Cómo ha sido tu experiencia en mi parroquia?

Ha sido una experiencia muy bonita y enriquecedora. Me ha hecho darme cuenta un poco más de la responsabilidad que tenemos los sacerdotes, particularmente aquellos que están a cargo de una comunidad.

También he reconocido la particular importancia que tienen los sacramentos para la vida cristiana, en especial los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia, que he podido administrar diariamente en la parroquia. A través de ellos percibo cada vez más cómo el Espíritu Santo cambia el corazón de las personas y edifica el pueblo cristiano.

Quiero aprovechar para dar las gracias a todos, porque estuve muy a gusto. Me llevo un buen recuerdo de mi primer “destino” pastoral desde que soy sacerdote, aunque fuera sustituyendo al párroco durante unas semanas.

Tu familia se hizo tristemente conocida aquella noche del 1 de noviembre de 2012. ¿Cómo viviste esos momentos tan duros? ¿Te ayudó tu fe?

Evidentemente la muerte de mi hermana en el Madrid Arena ha sido uno de los episodios más traumáticos y dolorosos de nuestras vidas. Ha dejado en nosotros una herida muy profunda que nunca terminará de curarse aquí en la tierra.

Sin embargo, también tengo que decir que vivir esos momentos con fe, ha cambiado por completo el modo de asumirlos. Tenemos la certeza de que no hay nada de lo que pueda acontecer aquí en la tierra que no haya sido previsto por Dios.

El dolor está presente, eso no lo podremos negar nunca, pero vivirlo desde la esperanza en que existe una vida más allá de ésta, y un Padre que nos espera, nos ayuda enormemente a sobrellevar este sufrimiento.

¿Cómo era tu relación con tu hermana Belén?

Mi hermana era una persona que se dejaba querer allí donde se encontrara. Prueba de ello es la cantidad de amigas que tenía y que nos acompañaron durante los días en que se encontraba ingresada en el hospital, y más adelante, cuando ya había fallecido, en la misa funeral que celebramos en Alcalá. Hay que decir que su compañía y su oración, y la de tanta gente que no la conoció directamente pero que quedó consternada por la noticia y quiso acompañarnos, ha sido de gran ayuda para nosotros y es algo de lo que estaremos siempre profundamente agradecidos.

En mi familia gracias a Dios todos nos queremos mucho y estamos muy unidos (no tengo duda de que eso también ha sido clave para poder superar su muerte). La relación que teníamos con Belén era muy buena, estoy seguro que en gran parte era fruto de su carácter y simpatía. Siempre hacíamos muchas bromas, y nos queríamos mucho. Además, mi hermana tenía muchas virtudes, aunque nunca presumía de ellas. Yo resaltaría su alegría y su generosidad.

Dios me ha llamado para seguirle desde el sacerdocio, una vocación al servicio de los demás, y espero que me ayude en mi ministerio tener presente lo servicial y generosa que mi hermana era con todos.

¿Cómo afrontas tu nueva etapa ante tu próximo primer destino pastoral?

De momento estoy centrado en el presente. Ahora mismo estoy haciendo sustituciones por varias parroquias de nuestra Diócesis.

A partir de septiembre empezaré en mi primer destino pastoral como coadjutor de la parroquia Santa Mónica de Rivas Vaciamadrid. Sólo espero desempeñar mi ministerio con humildad y generosidad, y eso le pido a Dios.

Aprovecho para encomendarme a las oraciones de todos los lectores.

Para Terminar

¿Un libro? Probablemente “El Señor de los Anillos”, de J. R. R. Tolkien.

¿Una película? ¡Uf, muy difícil! No sabría decir...

¿Una canción? Por ejemplo, “Man in the mirror”, de Michael Jackson.

¿Un lema? El de mi Ordenación Sacerdotal: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68).